

para llegar a ser capaces de perseverar en este combate, deben según el consejo de nuestro Salvador, abandonar la tierra donde nacieron, menospreciar padres y amigos, dar a los pobres todos sus bienes y, como atletas entrenadísimos, quedar libres de todo, desnudos y ebrios en el Espíritu, abrazándose a Cristo crucificado.

Y no hay por qué admirarse. Pues si el profeta David, en una inspiración repentina del Espíritu divino, quitándose las vestimentas regias y quedándose completamente desnudo ante todo el pueblo y a la vista de sus esclavas, no sintió vergüenza de saltar ante el arca de la alianza —arca fabricada de madera y recubierta de oro purísimo como figura del futuro—, cuánto más el siervo de Cristo y seguidor de la santa religión, inflamado por las llamas de la caridad e impulsado por la fuerza del Espíritu Santo, renunciando a todas las seducciones de la carne y desnudo del deseo de las cosas humanas, contemplando con la mirada de la fe y con la visión pura de la mente a nuestro Señor Jesucristo —coronado de espinas, flagelado, lleno de salivazos, probando la esponja de vinagre, chorreando sangre, sin forma ni figura, clavado en la cruz y con su cuerpo desnudo; pero no como el patriarca Noé, que se emborrachó por beber demasiado vino y que dejó al descubierto sus partes pudendas ante los ojos de sus hijos (cfr. Gn 9,20-23); sino como piadoso mediador entre Dios y los hombres, sumo pontífice, verdadero sacerdote y cordero sin mancha, que ofreció su cuerpo a Dios Padre como hostia viva, santa e inmaculada, en el ara de la cruz para la reconciliación del género humano, que al pecar y desobedecer había perecido—; cuánto más, digo, este siervo de Cristo tendrá como ebrio de amor que humillarse totalmente por amor a su Redentor, rechazar espontáneamente los deleites de la vida presente y soportar las adversidades, imitando a su preceptor que llevó la cruz menospreciando el dolor.

En efecto, para mostrar la disciplina de la perfección y del desprecio del mundo, «convenís» que hubiera un preceptor; un preceptor «tal» que descubriera los crímenes del género humano y que exhortara ecuanímente a soportar con gozo las contumelias, las persecuciones, los suplicios y la muerte por la justicia. «Convenís que hubiera un pontífice tal, santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores y encumbrado más alto que los cielos; que no tuviera necesidad de ofrecer sacrificios cada día como los sacerdotes, primero por sí y después por el pueblo. Esto es lo que hizo el mismo Señor Jesucristo ofreciéndose una sola vez» (Hb 7,26-27). Al tener nuestro Señor Jesucristo, sacerdote y pontífice, tanta autoridad y tanto mérito que penetró en los cielos y, viviendo para siempre, está sentado a la diestra de Dios para interceder por nosotros, siguiendo la exhortación de Pablo, «mantengamos la confesión de nuestra esperanza y vayamos con fe al trono de su gracia para alcanzar misericordia y encontrar la gracia en el auxilio oportuno» (Hb 4,16). Pues no es tal que «no puede compadecerse de nuestras flaquezas. Pues al ser de carne pasible y tratar con los hombres, fue tentado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado» (Hb 4,15).

En esto se basa nuestra esperanza de conseguir el perdón. Por una parte, en que conoce muy bien de qué estamos hechos, «porque somos polvo, soplo que pasa y no vuelve» (Sal 102, 14.16). Y por otra, porque sabe por experiencia lo fatigosa que es esta vida, lo pesada que es la carne, cuán peligrosas las asechanzas, qué perniciosos los enemigos, con qué facilidad se cae y qué difícil es la subida hacia las virtudes. Pero él es toda nuestra esperanza, como dice Juan: «Si alguien peca, tenemos como abogado junto al Padre a Jesucristo que intercede por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1 Jn 2,1-2). Teniendo, pues en el cielo al

Señor Jesús, Dios nuestro, redentor, abogado y juez, alcémonos con todo afecto a él con preces y con gemidos, pidiendo su ayuda. Lo tenemos también en esta peregrinación como compañero de nuestro camino, tal como él lo atestigua: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del mundo» (Mt 28,20); aunque unas veces de una manera y otras de otra.

Para los que reinan con él es premio del que gozan y por el que son bienaventurados. Para los que peregrinan es espejo y modelo de todos los bienes. Pero es modelo sobre todo para los que aspiran a alcanzar las cimas de la perfección, como se le dijo a Moisés, que entonces representaba a los perfectos. Le dijo el Señor: «Haced todo según el ejemplar que te mostré en el monte» (Ex 25,40). No de piedra sino de madera. Pero que fue levantado sin la ayuda de las manos y llenó toda la extensión de la tierra. De él dice el profeta en el salmo: «¡Monte de Dios, monte pingüe, monte escarpado y pingüe! ¿Por qué sospecháis, montes escarpados? ¡Monte en el que Dios quiso habitar!» (Sal 67,16-17). Y para que no se sospeche nada de este monte tan recomendado, añade: «Los carros de Dios vienen por millares de millares de los que se alegran. Entre ellos viene el Señor desde el Sinaí al santuario» (Sal 67, 18). Finalmente otro profeta exhorta a todos a la subida a este monte: «Venid, subamos al monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob. El nos enseñará sus caminos y andaremos por sus sendas» (Is 2,3).

No hay que subir a otro monte, sino a éste, en el que está la forma de todas las virtudes, el adorno de las costumbres y la disciplina perfecta de vivir. Quien quiera renunciar totalmente al siglo y desee comportarse y ser como un peregrino en este mundo, debe imitar el modelo trazado en este monte; es decir, en la humanidad de Cristo. El mismo Mediador no quiso poseer en la tierra campos ni casa, sino que como advenedizo paupérrimo se

sustentó del aire y de las limosnas que le daban. No tuvo albergue alguno, hasta el punto de decir: «Las zorras tienen guarida y las aves del cielo nido, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza» (Lc 9,58). Por eso, entraba en cualquier casa para comer el pan. Pero no gratis, pues aunque recibía la comida corporal, daba el alimento espiritual del alma. Recorría ciudades, villas y plazas, sembrando por todas partes la palabra de Dios, sin dar un refrigerio a su cuerpo ni permitirse un descanso en la fatiga, y sin perder un espacio de tiempo, para llevar a cabo la obra de Dios y cumplir la voluntad del Padre.

Así, cuando un día, cansado del camino, se sentó junto a una fuente, esperando a los discípulos que habían ido a la ciudad para comprar pan, y cuando éstos le dijeron: «Rabí, come», les respondió: «Yo tengo para comer otra comida que vosotros no conocéis... Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió» (Jn 4,31-32.34). La comida de la que tenía hambre y que deseaba comer, era la salvación de las almas de los samaritanos que habrían de creer, de esos que vendrían a él a causa del relato de la mujer que de él daba testimonio. Pues, «como el ciervo sediento desea las fuentes de las aguas» (Sal 41,2), así de manera incomparablemente más eficaz, el Mediador tenía cada hora sed de la salvación de las almas. De ahí que, dedicado a esta obra, no le importaba tratar y comer con publicanos y pecadores, aunque los fariseos y los peritos de la ley, ciegos y envidiosos, detestaban esos convites. Prefería ofrecer a los enfermos la medicina de sus palabras divinas que evitar los escándalos y las maledicciones de los carnales, los incrédulos y los que le perseguían.

Toda su preocupación era devolver la salud a los enfermos, la luz a los ciegos de mente y de cuerpo, y a los ignorantes darles preclaros consejos de salvación por los que dejaran de pecar y llegaran al conocimiento de Dios

y de sí, rechazando los halagos de la vida presente y aspirando a los gozos de la felicidad eterna. Para conseguir esto, hablaba, ya del reino de Dios ya del juicio futuro y los suplicios eternos; de las virtudes, de las costumbres y de los vicios; unas veces abiertamente y por lo común en parábolas. Y lo hacía siempre que podía tratar con los hombres, no sólo enseñando en aquel tiempo a los que le oían, sino también actualmente a los que más tarde creerían en él como a miembros de su cuerpo místico. Cuando se acababa el día, pasaba la noche en oración rogando por los pecadores y mortificando su cuerpo con largas vigili-
as, hasta el punto de que no se permitía nada a sí mismo con tal de consumir la redención del género humano.

Finalmente, para mostrar que era advenedizo en este mundo y para hacer de sí un modelo para los peregrinos, no quiso nacer en una ciudad o casa propia o entre sus parientes, sino en una patria ajena, en un establo, cobijo de animales, y acostarse sobre el heno delante del buey y del asno, tal como lo había anunciado el profeta: «El buey conoce a su dueño y el asno el pesebre de su amo» (Is 14 ?). Pero poco después, escapando de la crueldad de Herodes que tramaba matarle fue llevado como hombre puro al desierto por sus padres. Allí estuvo como un desconocido durante bastante tiempo, no sin pasar penurias, como suele ocurrir a los extranjeros pobres.

Los sentidos de los mortales no son capaces de comprender la clase de ejemplo que nos dejó en su muerte cuando, como reo, blasfemo y ladrón, lleno de injurias y saturado de oprobios, entregó en la cruz su espíritu al Padre. Todo el curso de su vida no es otra cosa que una forma intachable y perfectísima de todas las perfecciones y el mejor y más seguro de los magisterios de la religión cristiana; magisterio que se ofrece a todos los peregrinos que reconocen que no tienen aquí ciudad permanente, sino que por la fe y el amor buscan la futura.

Al mirarse a sí mismos en tan preclaro espejo de la verdadera peregrinación y de la perfección de las virtudes, fíjense con atención los proficientes y los que se elevan, y reformen y corrijan, y sigan, no por aproximación sino paso a paso y palmo a palmo, las huellas de nuestro Redentor. Busquen lo que está arriba, donde él está sentado a la diestra de Dios. Gusten las cosas de Dios y no las de la tierra, si es que desean ser sus seguidores y peregrinos sinceros. Estén siempre preparados para escapar de los espantosos naufragios de este mar proceloso. Olviden lo pasado y tiendan a lo que está delante, siguiendo con perseverancia el curso de su peregrinación, para que puedan alcanzar el premio de la llamada de lo alto. Despréndanse de todo lo terreno que posean como los que marchan a una tierra lejana, llena de peligros y fatigas, y sométanse a la voluntad divina, tanto si surgen contrariedades como felices presagios.

Pues el mayor impedimento para quienes desean alcanzar la perfección es apoyarse en su propio sentir y querer hacer su voluntad, que de ordinario se deja llevar de su capricho, que fracasa por inconsciencia y se desvía del camino real. Renuncien a querer y a no querer, para que puedan pronunciar de corazón aquella máxima del profeta: «He llegado a ser como un jumento ante ti. Estoy siempre contigo» (Sal 72, 22-23). Para avanzar llevando a efecto estas cosas que hemos recordado sométanse al yugo de la obediencia que, como es sabido, es la compañera personal de los verdaderos peregrinos.

Capítulo XI

Sobre la necesidad de la prudencia para alcanzar las demás virtudes. Y sobre la obediencia y sus grados

Quien se disponga a hacer una ascensión difícil sin querer tropezar, ha de hacerlo con cuidado, sin prisas, poco a poco, por trecho y descansando de vez en cuando. De lo contrario se debilitarán las fuerzas de su cuerpo, le temblarán las rodillas, se quedará sin aliento, creerá que la subida es imposible y hasta decaerá su fortaleza de ánimo para coronar el camino emprendido. Así como un trabajo moderado, tomado con medida, robustece las fuerzas del cuerpo en vez de debilitarlas, así también el ánimo, agitado por los estímulos de un ardor desordenado, igual que se alegra de poder llegar enseguida a la meta de su deseo, empieza a retroceder y decae, y aburrido, tiene que interrumpir avergonzado el camino que empezó.

Esto nos confirma lo necesaria que es la prudencia para quienes desean avanzar por el camino de Dios. No la prudencia carnal y terrena, que es enemiga de Dios, sino la que viene de arriba, que es en todo pura, modesta, pacífica, flexible, abierta al bien; que juzga rectamente y según la norma de la razón lo que piensa y lo que hace, dirigiéndolo todo y no haciendo ni queriendo nada fuera de lo recto, pues se rige por la inocencia de la sabiduría divina. Modera lo que hay que hacer sopesando el presente desde el pasado y disponiendo con previsión el futuro; y ordena en su corazón las etapas espirituales por las que ha de ascender avanzando hacia las virtudes. Pues al igual que quienes tratan de coronar una altura de cualquier tipo, se fabrican una escalera material separando sus distintos pasos y toda bien trabada, por la que puedan

subir más segura y cómodamente, así ocurre con esta prudencia, que sabe muy bien que en el combate espiritual nadie puede avanzar de repente desde el abismo a la cima sin un medio apropiado.

Esta escalera es la disciplina de la religión católica, adornada con virtudes espirituales, que llevan a sus seguidores al reino de los cielos. Los pasos de esta escalera son los distintos actos de cada una de las virtudes. En efecto, las virtudes no se practican todas de manera uniforme, sino que cada una tiene sus medios propios y sus actos correspondientes, datos que no han de ignorar quienes las profesan. Pero dado que las virtudes están en el punto medio, tanto los que se achican por la cobardía como los que se dejan llevar por un fervor desordenado, se engañan totalmente si piensan que pueden cumplirlas a la perfección menospreciando este punto medio. Dice la Sabiduría encarnada: «Buena es la sal, con tal de que no se desvirtúe» (Lc 14,34), y sea útil para condimentar casi todo.

Igualmente es buena la virtud de la prudencia y oportuna en cada obra. Modera las demás virtudes y es para ellas una ayuda conveniente. Conformar, además, el entendimiento humano para que no quiera saber más de lo que conviene, sino saber con sobriedad. Y así finalmente, muestra que es irrepreensible no querer entender nada, como cuando se examina con afán de curiosidad lo que no aprovecha nada saber. Esta es su voz: «No persigas cosas más altas que tú, ni quieras escrutar lo que te sobrepasa. Porque a quien quiere escrutar la majestad, le aplastará la gloria» (Pr). Esta virtud, por fin, dirige e ilumina el entendimiento para ordenar los grados de las demás virtudes.

La obediencia, por su parte, ordena y sujeta la voluntad y aviva la mente en la doctrina del espíritu y en la posesión de las virtudes. Y todo esto, sin duda con el consejo de la prudencia. Pues tanto el deseo indiscreto e indis-

ciplinado de avanzar, como la voluntad adormecida y tibia de ascender, son dos enfermedades que perjudican por igual a los que luchan por Cristo. Estas dos enfermedades espirituales se sanan por la santa obediencia, aceptada voluntariamente por amor de Cristo. La obediencia es la negación de la propia voluntad, el rechazo del propio sentir y la sujeción al criterio ajeno. Aunque los negligentes y tibios piensen que esto que hemos dicho es grave y casi imposible, sin embargo, los que se esfuerzan por agradar a Dios y arden en amor por conseguir la palma de las virtudes, lo consideran agradable.

Esto es lo que quiso dar a entender el Señor, preceptor y autor de todas las virtudes, cuando exhortando a los fieles decía: «Venid a mí todos los que (*bajo la amenaza de vuestra propia voluntad*) trabajáis y estáis agobiados, y yo (*con mi ejemplo, mi dulzura, mi ayuda y mis promesas*) os aliviaré. Tomad mi yugo (*con mi ejemplo, el de la obediencia que por vosotros llevé*) sobre vosotros, aprended (*también*) de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Pues mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11,23-30).

Es extraño que se diga que el yugo es suave, cuando oprime y se lleva con fatiga. Y que se diga que la carga, que de por sí es pesada, que es ligera. Si quien promete esto no fuera la Verdad, que no puede mentir, parecería totalmente increíble. Pero si se considera con atención esta sentencia de nuestro Salvador es totalmente verdadera y hay que alabarla sin rodeos. Pregunta, por favor, al siervo perezoso, que cumple las obras de Dios de manera negligente, qué piensa de esto, y te responderá enseguida que el yugo de la obediencia es insoportable y la carga muy pesada, ya que no da respiro al hombre, no le deja vagar a su aire y no le da ninguna posibilidad de saciar sus deseos naturales y carnales. Pero díselo al que quiere y anhela avanzar en el camino de Dios y clamará desde

su corazón: No hay nada más verdadero que estas palabras y nada se pudo decir con tanta suavidad, pues este yugo somete la petulancia de la voluntad propia y lleva este peso con amor, echándoselo auestas.

Quien sigue los deleites del presente destierro y trata de satisfacer los deseos de la carne, rechaza este yugo como pesado y ajeno a toda tranquilidad, y no quiere estar sujeto a él. Pero quien renuncia a todo lo que posee y mira con la visión de la fe a los premios futuros, que se han prometido a los que imitan a Cristo, lo abraza con alegría de espíritu, confortado por la suavidad cotidiana de su fruto. Piensa que este trabajo es corto y breve ante la consideración de la grandeza inefable de los gozos celestes que se han prometido para el futuro a los que obedecen, y ante las consolaciones espirituales que se le dan ya en esta peregrinación.

Finalmente, se instruye y enardece con las palabras del Apóstol que, recomendando la obediencia de Cristo, dicen así: «Cristo se hizo obediente por nosotros hasta la muerte, y muerte de cruz». En este mismo lugar se indica cómo remuneró Dios a esa humanidad asumida por el verbo en virtud de su obediencia, y se dice: «Por lo cual Dios le exaltó y le dio un nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos. Y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria de Dios Padre» (Flp 2,8-11).

En verdad la virtud de la obediencia tiene gran mérito a los ojos de Dios, con tal de que se milite bajo ella espontánea y virilmente. Nadie queda excluido de ella y ninguno de los que deseen la salvación de su alma queda fuera de su servidumbre. A todos recibe, a todos favorece, y felicita con afecto materno a todos los que la aman. No rechaza a nadie, no mira edades, no pone condiciones de ningún tipo y no desaprueba ningún estado de quienes la

sirven, sino que se entrega a todos los que la sirven. Propone un tipo de mandatos a los seglares, que se ocupan de su familia. Otro tipo distinto a los religiosos, que por profesión voluntaria se entregaron en obsequio a Dios mientras vivieran. Y para los varones probados y perfectos que por experiencia diaria y recomendable tienen los sentidos preparados para discernir el bien y el mal, estableció la otra regla de obediencia de someterse a Dios y a los hombres. Pero a cada uno les promete los premios de la felicidad eterna, según los grados de su caridad.

Se acercó a nuestro Señor Jesucristo un rico en bienes y posesiones, que vivía en el siglo, como lo narra la historia evangélica, y le preguntó diciendo: «Señor, ¿qué tengo que hacer para poseer la vida eterna?» Y el Señor le contestó: «Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos» (Mt 19,16.17). Entendía por éstos no sólo los divinos y escritos en las tablas de piedra por el dedo de Dios, sino también los sancionados por la iglesia bajo la inspiración del Espíritu Santo. Pues pecan lo mismo quienes transgreden los preceptos de la ley de la Iglesia. A los que viven en el siglo se les permite poseer lícitamente dinero, campos y familia, y gestionar negocios tanto privados como públicos, con temor de Dios y sin daño de la recta conciencia. Se les pide que se sujeten a los preceptos divinos y que obedezcan a las instituciones eclesiásticas. Fuera de esto no se les pide más excepto que den a los necesitados la parte que les corresponda según la abundancia de sus pertenencias.

Igualmente, el Señor los exhorta, hablando a uno en nombre de todos, diciéndole: «Llega a un acuerdo con tu adversario mientras vas por el camino, no sea que te entregue al juez y el juez a ser maltratado con torturas» (Mt 5,25). Tal adversario es la palabra divina y la ley. Llegamos a un acuerdo con ella cuando obedeciendo realizamos lo que ordena, para que no tengamos que lamentar-

nos de alguna transgresión ante el Juez de todo. A esta observancia que se entrega a los fieles seglares, totalmente necesaria para su salvación y sin cuyo cumplimiento nadie merecerá ver propicio para él el rostro de Dios.

Pero a los religiosos y a quienes no contentos con guardar la ley de los mandamientos de Dios, se esfuerzan por alcanzar unos carismas más sublimes y perfectos, como a varones magnánimos y atravesados por los dardos de la caridad, se les proponen, no como mandato sino más bien como consejo, unos preceptos más duros y fuertes. A éstos les dice el Señor en la persona de uno de ellos: «Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres y ven y sígueme. Tendrás un tesoro en el cielo» (Mt 19,21). Excelsa, aunque rara, es la virtud que despreciando las riquezas del mundo, pisoteando los honores y despreciando los placeres del mundo, hace a su seguidor alegre, obediente a Dios, insigne en la fe, paciente en la tribulación, contento en la adversidad, humilde en la prosperidad, menospreciando las cosas visibles y apresurándose a conseguir las invisibles.

Finalmente, nadie consigue esta virtud sino quien experimenta con sincero afecto de devoción lo abundante que es la dulzura divina, prometida para el siglo venidero a los que imitan con fidelidad a Cristo. Nadie, digo, es capaz de llevar a cabo con perseverancia lo que consta que está por encima de la naturaleza y fuera del modo normal de vivir, a no ser con una gracia preveniente de Dios y que el Padre le lleve hacia el Hijo y el Hijo hacia el Padre, como lo atestigua el mismo Hijo: «Nadie viene a mí si no le trae el Padre que me envió» (Jn 6,44). Y el mismo Hijo dice en otro lugar: «Nadie va al Padre sino por mí» (Jn 14,6), mostrando que el Padre y el Hijo son de la misma naturaleza, tienen la misma sustancia y la misma potestad. Ni el padre puede hacer nada sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre, como se puede probar con muchos tes-

timonios de las Escrituras. El Padre lleva hacia el Hijo a los seguidores de los consejos cuando se manifiesta en el espejo de la fe cuánta es la autoridad, potestad, caridad, gloria y gracia inefable que se ha concedido a este Mediador, el hombre Cristo Jesús.

Tal manifestación hace que esos seguidores se enciendan en llamas de caridad, se llenen de deseos que les empujan a imitarle y a someterse a él en todo, a fin de merecer ser agregados a su compañía felicísima y, tras terminar el fatigoso combate de este destierro, participar en sus promesas celestiales. Por eso, se someten al mandato de este preceptor y padre espiritual y, mediante la obediencia, se unen espontáneamente al yugo de la santa profesión. De ahí que tengan por nada sufrir la abnegación de la propia voluntad, el hambre, la desnudez, las burlas, las cárceles, las tentaciones y cuanto sea contrario a su humanidad, sabiendo que su fatiga momentánea no es nunca inútil ante el Señor. Pues al combatir en esta lucha se enriquecen con dones espirituales, de modo que, con la gracia de Dios y la guía de la experiencia, no sólo son capaces de imponerse a sí mismos una ley contra las pasiones del alma, los asaltos de los demonios y las asechanzas de los hombres malos, sino también de exhortar saludablemente a los demás, dar sanos consejos y aportar alimentos espirituales a los débiles, tentados o ignorantes

Si son elevados a este tipo de dirección de las almas, seguirán estimando como de costumbre la regla de la obediencia, respetando las normas de los padres y mayores, conservando las ceremonias de la religión y dedicándose en los tiempos oportunos a la oración, la lectura, el trabajo manual, el silencio y demás ocupaciones laudables, así como al trato fraterno, hasta el punto de conseguir el hábito de las virtudes. Ejercerán éstas exteriormente para edificación de quienes les vean y así se convertirán en ejemplo de religión, santidad e imitación para quienes

conviven con ellos y para los extraños. No para que así les honren los hombres, sino para que en ellos y por ellos sea glorificado Dios, que les concedió gratuitamente lo que son. Si estas instrucciones que se dan a los religiosos, de las que hemos hablado, las perfeccionan ellos con diligencia, les harán avanzar no sólo en la obediencia sino también en las demás virtudes, y serán cada día mejor, más estimados, más cercanos a Cristo y más indignos ante sí mismos.

Pero la obediencia de los perfectos y de quienes tienen la misión de ir por delante, es la custodia infatigable de los mandamientos de Dios y de la Iglesia y la práctica de todas las virtudes, gobernando sin embargo desde su ministerio a los demás según el tipo de personas, problemas y circunstancias, y sirviendo a todos desde la humildad de su corazón, haciéndose todo a todos por celo de compasión y piedad, para ganar a todos para Cristo, compartiendo lo suyo con los necesitados, cautivos y huérfanos. Pero, sobre todo, tratando de conocer en todas las cosas cuál es la voluntad de Dios, qué les inspira en su interior la sabiduría, qué les aconseja la recta conciencia y qué les dicta la razón del bien, y tratando de poner en práctica lo que creen que agrada a su Creador y está en consonancia total con las virtudes. Someter, en fin, el cuerpo al espíritu y la mente a Dios, de modo que según lo permita la fragilidad humana sean capaces de decir con sincero afecto de caridad: «Y el que me creó descansó en mi tienda» (Ecclo 24,8).

Para hacer esto, conviene que se dediquen a la oración, sean constantes en la plegaria, derramen lágrimas de devoción, llamen con gemidos sinceros a la puerta de la bondad y clemencia divinas con perseverancia y humildad y recuerden la promesa del Señor que dice: «Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Pues quien pide, recibe; quien busca, halla; y al que llama, se le abrirá» (Mt 7,7-8).

Capítulo XII

Sobre la necesidad que tiene todo hombre de que le ayuden. Sobre la utilidad y modo de orar, y sobre la sublimidad de la oración

Quien se pone a estudiar con diligente consideración la miseria humana, llega a la convicción de que ésta necesita siempre de la ayuda ajena. ¿Quién es tan inteligente que, cuando está dudando, no encuentre claridad en el consejo del hermano? ¿Quién, con un cuerpo tan fuerte y con unos miembros tan robustos, que no necesite ayuda de otro? Mire, por favor, a los que resplandecen en dignidad, a los hinchados de poder, a los famosos por su dominio y a los insignes por su majestad regia o imperial, y encontraréis que necesitan mucho más que los demás de la ayuda de quienes les sirven, por el hecho de estar elevados a un honor mayor y tener que ocuparse de un gobierno más extenso. Así ocurre que, por disposición y permiso de la sabiduría divina, y para su instrucción y para desterrar su soberbia, llegan de alguna manera a ser súbditos de sus súbditos, pues al tener que darse satisfacción, ellos mismos se convierten en siervos.

De este modo la providencia de Dios que lo gobierna todo con sabio consejo y ley irrepreensible, ha actuado con los hombres de modo que ninguno, aunque sea poderoso, rico o adornado de dones naturales, se baste de tal modo a sí mismo que puede decir con verdad: «No necesito de ninguna ayuda, ni tengo necesidad de apoyarme en nadie.» Conviene, pues, y así lo impone la necesidad y lo manda la caridad que, compartiendo de corazón las cargas ajenas y ayudando, en cuanto podamos, las consideremos como propias para salvaguardar los derechos del

amor mutuo. Así lo muestra Pablo, cuando dice: «Llevad unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo» (Gal. 6,2).

Para cumplir esta ley, día a día nos instruyen los documentos, nos convencen los testimonios de las Escrituras y nos exhorta el ejemplo de los miembros de nuestro cuerpo. Es sabido que cada miembro, al ser distinto de los demás, tiene su función propia y distinta de los otros. El ojo ve, los oídos oyen, la nariz huele, la boca gusta, las manos palpan y los pies andan. Aunque el ojo sea más digno que el pie, colocado en un lugar más alto e importante del cuerpo y protegido de muchos peligros, y el pie por su parte en un lugar más bajo y vil, pise en el lodo y tropiece en las piedras, y tenga que sostener y dirigir todo el peso del cuerpo, ¿acaso hay entre ellos alguna emulación o desprecio o soberbia propia? El ojo prevé para que el pie no tropiece en ningún obstáculo, no resbale al hoyo o no padezca ningún daño; el pie, por su parte, sirve al ojo con igual cuidado. Lo dicho del ojo y del pie puede aplicarse a los demás miembros para sentir.

Todos se aman, todos se sirven, el más noble no desprecia al menos noble, ni el más bajo envidia al de más honor. Todo lo contrario: si alguno de ellos sufre un daño, los restantes salen al paso, cada uno según su función, para socorrer en lo que puedan al enfermo. Nadie queda eximido o se excusa. El pie se apresura a servir, la mano a tocar y hacer lo que sea necesario, el ojo a mirar lo que sea útil y los oídos a percibir el remedio provechoso y los peligros que identifican como una amenaza. Ni de día ni de noche dejan de ayudarse; hasta ese punto están unidos por el vínculo del amor natural.

De esta visión admirable y laudable de nuestro cuerpo aprendemos a guardar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz y a amarnos recíprocamente; y este ejemplo singular nos exhorta a prestar ayuda en todo. Pues como

en el cuerpo humano hay muchos miembros que tienen funciones distintas, así todos los fieles congregados en la Iglesia forman un cuerpo místico en Cristo Jesús, y son miembros unos de otros. Por eso es muy conveniente y oportuno que nos sirvamos unos a otros y nos comuniquemos los dones que para utilidad de nuestros prójimos nos dio Dios por su Espíritu, como lo muestra el Apóstol diciendo: «A cada uno se le da la manifestación del Espíritu para ser útil. Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro gracia de sanar en un mismo Espíritu; a otro acciones de virtudes; a otro profecía; a otro discreción de espíritus; a otro diversidad de lenguas y a otro interpretación de palabras. Pero todas estas cosas las hace el único y mismo Espíritu, distribuyéndolas a cada uno como quiere (1 Co 12,7-11).

Si, pues, Dios nos da los carismas espirituales para que los compartamos con nuestros prójimos, se hará reo de un gran castigo quien no quisiera comunicarlos a quienes no los tienen. Sobre todo porque la cabeza de este cuerpo del que somos miembros es Cristo, tan digno de honor y santo; el cual vivifica su cuerpo, le dirige, le alimenta, y ayuda a cada uno de sus miembros, para que amen con él a sus prójimos como a miembros de su cuerpo y padeciendo con ellos les sirvan en sus necesidades. Por lo demás, ya que todos los fieles, que son miembros del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, necesitan de la ayuda ajena, como ya hemos dicho, y no pueden gastar para su prójimo nada de los miembros sino lo que recibieren de la cabeza Cristo, en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, y en quien abunda la plenitud de todas las gracias, queda que cada uno recurra a él en las necesidades que le sobrevengan y mediante la oración pida el auxilio oportuno.

Así oró Moisés en la cima del monte y, luchando con las armas de la oración, venció a los amalecitas. Con su

oración Josué paró el sol, para que no se pusiera hasta completar su victoria contra los gabaonitas. Con sus plegarias la estéril Ana pidió un hijo; un hijo que sería Samuel, profeta y santo. Tras insistentes plegarias, Judit, mujer castísima, cortó la cabeza del cruel Holofernes, al que había seducido. La humilde y devota Ester libró, tras haber rezado, al pueblo hebreo de la ruina que le amenazaba. Mientras la calamidad de la peste, minador, se cebaba con furor en el pueblo, el santo David, derramando súplicas humildes al Señor, mereció mitigar el castigo del crimen perpetrado. El rey Ezequías, agradable a Dios, al oír que convenía su muerte corporal, derramando grandes lágrimas con preces impetratorias, obtuvo la prolongación de su vida. Igualmente Eliseo, que ardía por el celo de Dios, entregó sano el niño que había muerto a su buena madre, y que había resucitado por sus oraciones. Daniel, joven en años pero maduro en méritos y lleno del Espíritu, amansó en su súplica a los feroces leones. Los tres jóvenes, echados, atados de pies y manos, en medio del horno en llamas, se pasearon por el mismo ilesos alabando y orando a Dios. Y para no detenerme más contando los ejemplos de varones muy estimados, todos los santos, en angustias, tentaciones y peligros propios y ajenos, en ocupaciones públicas y privadas, y en cualquier circunstancia, acuden siempre al puerto tranquilo de la oración, pidiendo el auxilio del cielo; y de ahí consiguen lo que piden con fe cierta. Así lo prometió el Señor, diciendo: «En verdad os digo: lo que pedís en la oración, creed que lo recibiréis y se hará en vosotros» (Mc 11,24).

En verdad, la oración tiene una gran fuerza ante la faz de Dios, ya que es presentada por los ángeles. Y ocurre así con tal de que sea ardiente en caridad, llena de fe, apoyada en una intención recta, acompañada de la humildad, limpia de sórdidos delitos y adornada de buenas obras. Una oración así agrada a Dios, alegra a los ángeles,

exhala perfume de santidad, penetra en los cielos, consigue lo que pide, ahuyenta a los demonios, vence a los enemigos, cambia los hombres, repara las fuerzas, fortalece la mente, ilumina el corazón, acerca el alma a Dios, produce devoción, llena de dulzura al orante y, reuniendo los pensamientos dispersos, hace habitar con gozo al que se recoge dentro de sí. Nadie es capaz de narrar lo poderosa que es la oración asidua del justo, lo necesaria que es para todos y su total conveniencia para los que desean llegar a la perfección. Me atrevo incluso a decir que nadie puede salvarse sin ella, ya que la misma salvación se da por la misericordia de Dios y la mediación de la oración. Así lo indica el salmista diciendo: «Bendito sea Dios que no retiró de mí ni mi oración ni su misericordia» (Sal 25).

En efecto, van por delante su gracia y su misericordia que justifican al impío, al que Dios también predestinó antes de la constitución del mundo. Pues antes de que existiéramos, por pura bondad nos predestinó y nos dio su gracia en su Hijo amado, nos llamó por su gracia y nos justificó por su misericordia. Tal justificación es la que hace nuestra oración aceptable. Toda nuestra capacidad de obrar el bien y de orar según conviene, hay que atribuirle a la misericordia de Dios y no a nuestros méritos, que sin su gracia no son nada. Esto es lo que atestigua el Apóstol de sí mismo, diciendo: «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Co 15,10). Y lo mismo cuando escribe a Timoteo: «Nos ha salvado según su misericordia y no por las obras de la justicia que hiciéramos nosotros» (2 Tm 1,9).

Pues la oración sin la gracia languidece y muere, pero ayudada por la gracia es de gran provecho: aumenta la gracia, fortalece la justificación e impetra la misericordia. Una vez obtenida ésta, la oración pasa a ser lo primero y se practica con más frecuencia. Es lo que experimentaron quienes merecieron percibir el gusto de la oración y el

afecto de la devoción. Digo esto, porque no todo el que ora llega a la cima de la oración. Pues ésta tiene grados por los que ascienden los varones espirituales, y se hacen queridos y cercanos a Dios, no por el cuerpo sino por la mente. El fariseo que oraba en el templo y se jactaba, estaba cercano a Dios con el cuerpo pero con el corazón estaba lejos, porque era soberbio. En cambio, el publicano, que confuso y humillado no se atrevía a levantar los ojos al cielo y que con golpes de pecho se confesaba pecador, estaba cercano y presente a Dios. Pues Dios ve y acepta la humildad del corazón de quienes le ruegan con la voz o con la mente. Por eso, para orar hay que elegir no el lugar sino el afecto.

Así, en la oración vocal, que es el primer grado de orar a Dios, no hay que buscar el adorno de las palabras sino la pureza del corazón, la fe sincera, la formulación sencilla de la petición, la devoción piadosa, la convicción cierta de la presencia divina y la esperanza firme de obtener lo que se pide. Estos son los verdaderos adornos espirituales de la oración no sólo mental sino verbal, que deben existir en el pecho de quienes se ponen ante Dios y ofrecen sus votos para hacerse aceptables y gratos. Pues hay quienes hacen peticiones vocales interminables, no entendiendo lo que dicen por estar distraídos en pensamientos dispersos. A estos tales recriminó el Señor por el profeta en la figura del pueblo hebreo: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Is 29,13). Indica así el Señor que, al igual que en la oración se mueven los labios, se forman las palabras y brotan las expresiones del Espíritu Santo, del mismo modo debe la mente entender, el afecto vigilar y excluirse pensamientos ajenos, para que tanto el hombre interior como el exterior se ocupe laudablemente en las alabanzas divinas y pueda decir con el Apóstol: «Cantaré con el espíritu, pero también cantaré con la mente; oraré con el espíritu, pero

también oraré con la mente» (1 Co 14,15). Como si dijera: expresará con la lengua palabras celestes, pero con la inteligencia de la mente gustará el sentido que late en la letra y sus sagrados misterios.

De estas dos maneras es como la Iglesia ofrece a Dios sus votos de oración y alabanza, exhortando a sus hijos con su ejemplo para hacer lo mismo e invitándoles con suave erudición mientras día y noche se dedica a la alabanza con dulces himnos, salmodias de coros, sacras solemnidades y piadosas celebraciones de los sacramentos. Con todas estas cosas, mediante la acción externa y el sonido de los instrumentos, acaricia los oídos de los oyentes y con la influencia de este néctar de devoción, eleva las mentes al deseo de los gozos celestiales y a conseguir la compañía de los ciudadanos de arriba.

Por experiencia comprobada se reconoce como extremadamente recomendable la oración vocal, que es puerta y guía para degustar la mental, y la que se manifiesta en el espíritu, de la que el Señor dice a la Samaritana: «Mujer, créeme, porque viene la hora y ya es en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad. Pues a tales busca el Padre que le adoren. Dios es espíritu, y los que le adoren deben adorarle en espíritu y verdad» (Jn 4,21.23-24).

Este modo de orar es totalmente espiritual y nace ante Dios del deseo del corazón y no del artificio. Es sin duda ese modo que el Espíritu Santo infunde en la mente del orante y el que le enseña para que ruegue, según lo manifiesta el Apóstol diciendo: «El Espíritu ayuda a nuestra debilidad. Pues nosotros no sabemos lo que tenemos que pedir como conviene. Pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inenarrables. El que escruta los corazones sabe lo que desea el Espíritu, porque intercede por los santos según Dios» (Rm 8,26-27). Lo que se pide en este modo de orar, se obtiene fácilmente cooperando el Espí-

ritu Santo en el corazón del que suplica, instruyéndole y empujándole a rogar sin dubitación alguna.

Por lo demás, como a veces, aunque sin faltarle la ayuda divina, la mente del orante se vuelve estéril por agotarse la devoción, conviene que se levante y se determine a rogar a Dios, no de manera uniforme sino diversificada, según se vaya sintiendo llevada. A veces se halla compungida en la oración por el recuerdo de sus delitos, y debido a esa compunción del corazón se consume dentro de sí prorrumpiendo en lágrima, ya interiores ya exteriores, y pidiendo humildemente perdón a Dios. Pues aunque este modo de orar no tiene la dulzura de la devoción, sí conlleva el fruto de una confesión humilde y el deseo de la enmienda, del que con frecuencia brota una manifestación santa de gracias que siempre se realiza con gozo.

A veces la intención del orante es movida a considerar la clase y el número de dones naturales, corporales y espirituales que recibió de su Creador y que reconoce como totalmente incomprensibles a causa de su multitud innumerable y de su magnitud. Con estos ejercicios, el afecto del que medita se enciende en ardor de caridad y se reconcentra siempre en su corazón, aunque a veces prorrumpe en alabanzas a Dios y en acciones de gracias a su benefactor.

Y no es de extrañar. Pues si mira a la divinidad, bondad, caridad y gloria del que da, no puede dejar de admirar, alabar y decir: ¿De dónde a mí, que soy el más vil y pequeño de las criaturas, y por qué a mí se me conceden actualmente tantos, tan preclaros y singulares dones gratuitos, venidos directamente de él y por medio de sus criaturas racionales e irracionales, mandándolo y ordenándolo él mismo? Igualmente para el futuro se me prometen con palabra firme muchos más dones y más importantes, excelentes y bienaventurados que éstos, si con-

sigo perseverar hasta el fin de mi vida en su temor y su amor».

En verdad, si uno vuelve su mirada al abismo horrible de la vileza, ignorancia e ingratitud propias, se proclamará hijo de la gehenna y merecedor de todos sus suplicios. Sin duda caería en el abismo de la desesperación, si no le asistiera el auxilio de la divina piedad y la inmensa misericordia de quien no quiere que nadie perezca; auxilio por el que dando gracias con esperanza fortalecida y llena de gozo, se embriaga en amor por su Creador. Nadie es capaz de explicar en este preludio de amor castísimo y en este espejo de los beneficios de Dios; hasta qué punto se abaja y se acusa, o con cuánta frecuencia ruega con afecto deseando desde lo íntimo del corazón contrito, indulgencia y misericordia por los crímenes perpetrados, las acciones buenas omitidas, el desprecio de las inspiraciones, los dones dilapidados y el tiempo gastado vanamente, tiempo que se le había concedido gratuitamente para merecer el perdón aumentar la gracia y conseguir la gloria.

Es inescrutable para el pensamiento e inenarrable para la lengua de cuántos modos, con qué palabras espirituales, con qué resplandor de la verdad y con cuánta devoción, dulzura y familiaridad gozosa del alma, se comunica la sabiduría eterna a quien se acerca y ora a Dios para progreso y gozo de la misma alma. Y no sin fundamento. Pues éstas son las palabras de la misma Sabiduría: «Y me deleitaba todos los días jugando en su presencia en todo tiempo, jugando en el orbe de la tierra. Y mis delicias es estar con los hijos de los hombres» (Pr 8,30-31). Y en el Cantar de los cantares del Verbo invita con gran dulzura al alma atada a él con los lazos de la caridad, a acercarse a él y a habitar con él, y así se lee: «Levántate, apresúrate, amiga mía, hermosa mía, inmaculada mía, y ven. Paloma mía, en las grietas de la piedra, en el nicho del muro, muéstrame tu faz, suene tu voz en mis oídos.

Pues tu voz es dulce y tu faz hermosa» (Ct 2,13-14).

En estas palabras sagradas que el Verbo pronuncia en el corazón del alma, que está enferma de mucho amor, a veces ocurre que ésta, henchida de suavidad de devoción humilde y embriagada por la presencia gozosa de su esposo, al que estrecha en las secretísimas entrañas de los deseos, prorrumpe con mucha frecuencia en sollozos y exhala grandes alabanzas al esposo y emite acciones de gracias y profiere cánticos muy dulces de amor, no meditados artificiosamente sino brotados de una ardiente caridad, por sugestión del espíritu y no de la carne, en los que unida en abrazo de amor recíproco, con frecuencia se llena de tal júbilo que, paralizados los sentidos corporales y hecha en el espíritu una sola cosa con el esposo y derramada en abundantísima alegría de paz y gozo, cante secretamente para sí y diga: «Estoy herida de amor, porque veo ya al que buscaba y tengo al que deseaba, y no le dejaré». Y vuelta al esposo y postrada de corazón ante él, de modo no menos humilde y avergonzado que confiado, dice: «Heriste mi corazón, amado mío heriste mi corazón (*y no*) con una de tus miradas» (Ct 4,9), sino con la presencia de tu majestad y la belleza del rostro de tu humanidad, que está llena de gracia, gozo, esplendor y delectación, en la que desean mirarse los ángeles, y a los que deleita alabar, orar y glorificar.

¿De dónde a mí y por qué a mí, que soy polvo y ceniza, carne podrida y comida de gusanos, llena de pecados, privada de luz, colmada de ingratitud, digna de castigo y a la que tú tenías con todo derecho que repudiar? Mientras la esposa se goza con el esposo en esta clase de coloquios sagrados, cánticos de amor, abrazos venerandos y miradas recíprocas, se alegra, se llena de júbilo y exulta. Hasta que de repente el esposo se desliza desapareciendo y ella, herida de tristeza, se abandona a sí misma desconsolada, privada de gozo, bañada de abundantes lágrimas y

prorrumpiendo en repetidos gemidos. En ese momento, nada sin duda le agrada más que llorar, recogerse y meditar lo que oyó, lo que vio, lo que gustó y lo que está diciendo. Y así pasa su día feliz en otros pensamientos, considerando sobre todo la posibilidad de volver a la situación en que estaba poco antes, situación que a su parecer duró muy poco y pasó muy rápidamente. Pero se da cuenta de que no puede conseguirlo por sí misma, como ya lo muestra el Apóstol: «No se trata del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia» (Rm 9,16). El cual, según el beneplácito de su sabiduría y bondad, unas veces humilla y otras exalta, según lo que sabe que conviene.

El alma, por su parte, quiere en todo lo que de ella depende un tipo de vida, de comportamiento, de oración constante y un llamar con ruegos a la puerta del esposo a fin de que, por tan laudable inoportunidad, merezca introducirse de nuevo en el tálamo nupcial. Pero al saber que no puede lograr sus deseos por ninguna clase de valor más que por la caridad de Dios y del prójimo, se apoya en el testimonio del Apóstol que, contando maravillas de esa misma caridad dice: «Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no tuviera caridad, sería como bronce que suena o címbalo que repica. Y si tuviera tanta fe que trasladara montes, y si distribuyera todos mis bienes para alimentar a los pobres, y si entregara mi cuerpo para que ardiera, de nada me aprovecharía si no tuviera caridad» (1 Co 13,1-3). La caridad establece amar con oración y obras a Dios, de todo corazón, con toda la mente y con todas las fuerzas, y al prójimo como a sí mismo, en la espera de que por medio de la oración confiada, que es el alimento espiritual de la caridad, pueda progresando tocar y alcanzar lo que desea.

Capítulo XIII

Sobre las prerrogativas del alma que tiende a la perfección por el ejercicio de las virtudes. Sobre la excelencia del amor a Dios y al prójimo

El egregio cantor y esclarecido profeta David, rey de Israel y lleno del Espíritu de Dios, viendo muchas cosas y contando, al modo de los profetas, las futuras como pasadas, mostró entre otras el estado y las prerrogativas del alma devota en su avance, esfuerzo y cercanía por elevarse a la perfección mediante el ejercicio de las virtudes, y así dijo: «La hija del rey está interiormente llena de gloria, cubierta con variadas fimbrias de oro» (Sal 44,14). Ciertamente se hacen grandes elogios de esta alma. Su progreso es sublime; su belleza, honorable y es verdad lo que se dice de ella. No por lo que se ve de su forma corporal, sino por lo que expresa en su belleza espiritual. Y no lo que se advierte a los ojos de los hombres que juzgan según la carne, sino lo que se manifiesta a aquel que escudriña con la luz de la verdad y de su sabiduría los secretos de los corazones. Así lo atestigua Pablo, diciendo: «La palabra de Dios es viva y eficaz y más penetrante que una espada de dos filos, llegando hasta la división del alma y el espíritu de las junturas y las médulas, y escrutando los pensamientos y las intenciones del corazón. Ninguna criatura es invisible a su mirada. Todo está desnudo y abierto a sus ojos» (Hb 4,12-13).

Es de admirar la alabanza de esta alma, de la que ahora vamos a hablar, no sólo porque se la llama hija del rey —no de cualquier rey temporal y mortal, sino de aquel a quien, por su singular excelencia y divinidad, se le llama en los libros sagrados y es «Rey de reyes» y «Señor de los

que dominan», y del único que se dice que tiene la inmortalidad y habita en una luz inaccesible, y del que también se lee: «Sólo hay un Altísimo, creador omnipotente, rey poderoso y en extremo temible, que se sienta en su trono, Dios dominador» (Ecclo 1,8)— sino también porque la gloria de aquél se mete en lo íntimo de su corazón, en donde no pueden irrumpir ni robar sus tesoros escondidos los ladrones visibles, ni entrar, a no ser que Dios lo permita, los invisibles. Y, finalmente también, porque aparece vestida de adornos.

Por lo demás, si hay que apreciar a un alma por estar adornada con una sola dote y prerrogativa, ¿cuánto más a ésta, que está adornada con todos esos fulgores que hemos mencionado? Pues ¿qué se le puede atribuir como más digno o más honorable que ser hija del Rey eterno, a la que, por liberalidad del Padre y por vínculo y afinidad de generación espiritual —generación de la que el apóstol Santiago dice que «nos engendró voluntariamente con el Verbo de la verdad, para que seamos como la primicia de su creación» (St 1,18)—, pertenece la herencia paterna, que es inefable, riquísima, inaprensible, incorruptible, conservada y guardada en los cielos?

Naturalmente, con tal de que, por recíproco amor filial, muestre reverencia y en todo lo que sea capaz obedezca a los mandatos paternos. Además, si es hija, debe tener preparados los oídos del corazón y escuchar, según la exhortación profética lo que le hable el Padre, lo que le mande el Señor y lo que le prohíba el Juez. Pues él habla a los que le obedecen, con frecuencia por sus ministros y a veces directamente al corazón, como buen padre, Señor y maestro para, por las exhortaciones de aquéllos, incitarlos a avanzar y elevarse espiritualmente.

En efecto, es contrario a la dignidad paterna tener hijos degenerados, ingratos y pérfidos, al modo de aquel adolescente lujurioso y pródigo que, despreciando el con-

sejo de su padre y su honorable compañía, se marchó a tierra extraña, se gastó su patrimonio viviendo disolutamente y, obligado por el hambre y las fatigas, tuvo que volver avergonzado a la benevolencia del padre. Conviene, pues, que esta alma de la que hablamos, que es hija del sumo rey, ejercite los dones naturales y espirituales que se la han dado, para gloria de su padre y para su propia perfección, y guarde con vigilancia atenta su belleza interior, el candor de su conciencia, su mente pura y su corazón limpio; cosas éstas en las que sin duda se apoyan toda la gloria y la alabanza de su dignidad real.

Pues, al igual que conviene que sea redimida en su porte exterior por la gravedad de las costumbres y un trato irrepreensible, así conviene que esté más adornada que los demás en el arcano tálamo de su corazón, ya que el Señor no sólo mira las obras exteriores, que son comunes a buenos y malos, sino también la condición de la mente y el corazón. Y quiere que éste esté adornado de oro purísimo, es decir, con caridad excelsa, con las hermosas margaritas de las virtudes, con las flores de los pensamientos santos y con los perfumes de los deseos celestiales. Y esto, no para que este tipo de belleza le reporte algo al Señor, que posee todos los bienes y todas las gracias y las regala y da, sino para con ello tener ocasión de conceder unos carismas más altos y encontrar una morada limpia y dispuesta en la que, invitado con ruegos y amor, poder entrar.

El, en efecto, se deleita en las almas llagadas de amor, que miran con ansia su llegada y desean con constancia la contemplación los gozos eternos, que se dedican a verse en el Espíritu, a gozarse en su irrupción dulce y repentina y a iniciarse, según su beneplácito y según la inteligencia, disposición y grado de cada uno, en los secretos misterios de los tesoros divinos de su palabra. Pues tal irradiación y la dulzura que comporta no se hace a voluntad de los que

aman y piden no sea que se envilezcan por la costumbre o se envanezcan por una familiaridad desorbitada, según lo atestigua de sí el Apóstol, cuando dice: «Para que no me envanezca con la magnitud de las revelaciones, se me ha dado el aguijón de mi carne, que me abofetea» (2 Co 12,7). Cuanto más frecuentes y mayores son las revelaciones infusas y las devociones concedidas, si en el alma a la que se comunican falta la humildad, que es el guardián de todas las gracias y virtudes, más envanecen por su propia naturaleza y empujan a la mente menos estable e incauta a caer de su altura.

Por eso, la hija del rey de la que hablamos, instruida por el Espíritu, gusta toda su gloria, todas sus riquezas, todos sus cantos amatorios de alabanza, su trato gozoso con el esposo y cuanto conlleva de devoción, deleite, acción de gracias, exultación y paz, y lo guarda todo no sólo en el interior de su corazón, para que no conozcan los hombres ni las potestades del aire, que acostumbran a robar o al menos a mancillar los tesoros mostrados en público o imprudentemente guardados, sino también en las ocultas entrañas de su pecho encendido y en las fimbrias de oro, es decir, en ciertos pensamientos de inflamada caridad que sólo Dios y ella conocen y en cuya dulzura suavísima, rumiando como animal racional, descansa recogida.

Gustando así estos alimentos espirituales, orando de este modo a diario y meditando ocupada en ejercicios interiores, entregándose a ella el Verbo en castos abrazos y juntos teniendo coloquios celestiales, se teje el vestido nupcial de las distintas virtudes, decorado con la admirable variedad de gracias sin número. Así vestida y siendo grata a los ojos del esposo, entrará alegre un día y ya sin temor servil en el tálamo nupcial, ante la admiración de todos los ciudadanos de arriba, y se sentará en aquel abundante y sagrado convite con los que allí se sientan y

alegremente y sin fin alaban a Dios, loando al Altísimo y abrazando con veneración a su esposo, para no salir de allí nunca por la eternidad.

Pero mientras todavía peregrina hacia el Señor, mientras se cubre con el vestido de la naturaleza corruptible y se ve obligada a soportar tentaciones, debilidades, adversidades y amenazas diversas, no deja nunca de ocuparse en ejercicios santos. Se une con todo su corazón y desea con todas sus fuerzas poseer la caridad, reconocida como reina, madre y alimentadora de todas las virtudes, sin la cual no aprovecha absolutamente nada para la salvación atormentar la carne con ayunos, entregar el cuerpo a las llamas, cuidar al enfermo, alimentar al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, hospedar al peregrino, visitar al encarcelado y sepultar al difunto.

La virtud de la caridad es la que acerca el alma fiel a Dios, la une a los ángeles, la asemeja a los santos, la ilumina con resplandores divinos y la llena de dones espirituales. La caridad prodiga las virtudes, abre las puertas del cielo, hace audibles nuestras oraciones y las muestra aceptas ante el rostro de Dios. Hace surgir la fe, fortalece la esperanza, alegra el corazón, guarda los mandamientos, convierte en ligero lo pesado y soporta con gozo las tribulaciones. Es más fuerte que la muerte, más dura que el diamante, más dulce que la miel, más suave que el néctar, más reluciente que el sol, más bella que los astros, más sublime que el cielo, más profunda que abismo, más extensa que la tierra y anterior a todos los cambios del tiempo. Nadie es capaz de explicar con palabras su sabiduría, dignidad y gloria. Ningún entendimiento puede abarcar y ninguna mente penetrar en sus secretos.

Y no es de extrañarse, ya que el apóstol Juan dice de ella: «Dios es caridad y quien permanece en la caridad permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4,16). Cuando se dice que Dios es caridad, se predica de su misma sustan-

cia, pues la caridad de Dios y Dios son una misma cosa, ya que todo lo que está en Dios es Dios. Pero una cosa es Dios según su esencia y otra según sus dones, que comunica a la criatura racional. Según su esencia, se comunica él mismo a sí mismo en la generación y procesión. El Padre, al engendrar al Hijo, se comunica al Hijo en su misma generación inefable, divina, coeterna y consustancial con él. Pero en la procesión del Espíritu Santo, que es el amor del Padre y el Hijo el beso y el abrazo de ambos, el Padre y el Hijo se comunican a su Espíritu, que es igual al Padre y al Hijo en sustancia, en esencia, bondad potencia, sabiduría, eternidad y majestad; aunque no es persona. Pues, aunque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios, inseparable, inconfuso e inmenso, no son sin embargo una sola persona. Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo. Pero ninguna de ellas es anterior o posterior a la otra en el tiempo, ni mayor ni menor, ni más fuerte ni más débil, sino que entre ellas son iguales en todo, de modo que las tres personas son un solo Dios verdadero, omnipotente, sumo, perfecto, Padre, Hijo y Espíritu Santo, concordes en su voluntad e iguales en omnipotencia, clemencia, virtud y caridad. Lo que obra el Padre, lo obra el Hijo y el Espíritu Santo. Y lo que sabe el Hijo, lo sabe el Padre y el Espíritu Santo. Y lo que quiere el Espíritu Santo, lo quieren igualmente el Padre y el Hijo.

Pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se diferencia en que el Padre no procede de nadie, mientras que el Hijo es engendrado sólo por el Padre, y el Espíritu Santo procede de ambos. Esta es la bienaventurada Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. No tres dioses sino un solo Dios, al que en el cielo adoran todos los ángeles, tronos, principados, dominaciones y virtudes; y al que todos los predestinados inscritos en el libro de la vida, los redimidos y glorificados, alaban, bendicen y dan gracias, cla-

mando a la vez y con una sola voz: Santo, Santo. Por él, por medio de él y en él se han hecho las cosas, visibles e invisibles, espirituales y corporales, temporales y eternas, y sin él nada se hizo.

Como todas las criaturas han sido hechas por él, así también nosotros no sólo hemos sido hechos por él, porque somos, sino también porque amamos. Pues de ningún modo amaríamos si no fuéramos amados. Amamos, repito, «porque él nos amó primero» (1 Jn 4,19). Pues la caridad por la que amamos a Dios, proviene de él. El nos la dio por su Espíritu, como lo confiesa el Apóstol diciendo: «La caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5,5). Dios infunde la caridad para que le amemos, pero no con cualquier tipo de amor, sino con corazón puro y conciencia buena, y no con fe ficticia ni parcialmente amando otra cosa junto con él o tanto como a él, sino a él por él, y a los demás por él y en él y menos que a él; lo cual no puede hacerse en absoluto a no ser que le amemos según se nos manda en la ley y el mismo Señor lo confirma en el Evangelio, «con todo el corazón, con toda el alma y con todas nuestras fuerzas» (Dt 6,5; Mt 22,37).

Esta es, en efecto, la forma en que debemos amar a Dios; es decir, que nuestro pensamiento esté siempre ocupado en pensar en él y no se aparte nunca de él pensando contra él cosas impuras, nocivas, pecaminosas inútiles y prohibidas por la ley, y deteniéndose en ellas voluntariamente y de corazón. Aunque la caridad no se pierda al inclinarse a estas cosas por fragilidad o debilidad o por menospreciar la custodia de la mente, sin embargo se va enfriando y disponiéndose a la caída. Por el contrario, se levanta y vuelve a su primer estado, cuando el hombre interior, prevenido por la gracia de Dios, repensando su culpa y herido por la compunción, derrama abundantes lágrimas y pide perdón a Dios con humildad. Así, con

este sacrificio de la mente contrita, revive todo el espíritu que languidecía de tristeza e invadido por el don, la gracia y la caridad del Paráclito que viene de arriba, conoce, según lo atestigua la experiencia, que es verdad lo que sucedió al mismo profeta, cuando decía: «Se recalentó mi corazón dentro de mí, y en mi meditación arde el fuego» (Sal 58).

Finalmente, recogién dose en sí mismo y recordando la bondad de Dios que obra en él, se eleva todo a Dios y se une a él con todo el afecto de que es capaz, de modo que encendido en deseo de amor piadoso y hecho uno con él por esta adhesión de su espíritu, insiste en el conocimiento de Dios y se dedica a las alabanzas divinas. Lleno de Dios y gozoso por su presencia en él, ya no puede pensar, amar, gustar y percibir más que las cosas de Dios. Acostumbrado a estos afectos de la caridad y retenido frecuentemente por estos vínculos gozosos, adquiere un cierto hábito del amor de Dios por el que se siente empujado afablemente a pensar en Dios, a rogar a Dios con gemidos puros e inenarrables, a retenerle en sus entrañas con todas sus fuerzas y a no separarse de sus castos abrazos por otros contrarios a él.

Como ciertamente no depende de su voluntad el gozar de la presencia espiritual de su Dios, tan gozosa y deseada, dirige el empeño de su corazón al amor al prójimo; sobre todo porque, cuando le preguntaron al Señor cuál era el mayor mandamiento de la ley, respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas». Y añadió: «El segundo es semejante a éste: Amarás al prójimo como a ti mismo». Y concluyó: «De estos dos mandamientos penden toda la ley y los profetas» (Mt 22,37-40). Y el Apóstol: «Quien ama al prójimo, ha cumplido la ley. Pues, no matarás, no adulterarás, no robarás, no dirás falso testimonio, y si hay otro mandamiento en la ley, se resume en esta palabra: Ama-

rás al prójimo como a ti mismo. Pues la plenitud de la ley es el amor» (Rm 13,8-10).

Así muestra el Señor que el mandato de amar a Dios y el precepto de amar al prójimo se dan a la vez, por ser totalmente condenable la transgresión de ambos. Nadie en verdad puede amar a Dios si no ama al prójimo como a sí mismo. Pero tampoco nadie puede amar rectamente al prójimo sin el amor de Dios. Estos dos amores van unidos y no se pueden separar el uno del otro. Pues aunque la caridad de Dios puede parecer más digna que el amor al prójimo, no es sin embargo más útil, pues ambos con igual empeño tienden a Dios y brillan con igual premio. Así lo atestigua la Verdad, que dirá a los elegidos en el juicio final: «Venid, benditos de mi Padre y recibid el reino, preparado para vosotros desde el origen del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber», y las demás obras de misericordia que están en el Evangelio. Y añadió: «Lo que hicisteis con uno de estos pequeños míos, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,34-35.40), mostrando que la caridad de Dios y la del prójimo producen el mismo fruto y el mismo premio.

Por lo demás, cuando se dice que el precepto del amor de Dios y el del prójimo son iguales, sin embargo no hay que amar al prójimo con el mismo empeño e igual medida con que hay que amar a Dios. Pues al prójimo tenemos que amarle porque es de la misma naturaleza y especie que nosotros, creado por el mismo Padre, destinado al mismo fin, futuro compañero de la misma gloria, hecho partícipe de su gracia, y porque se nos manda amarle. Pero a Dios hay que amarle por sí mismo, pues no hay nada mejor y más excelente, ya que no sólo es bueno sino también la bondad misma, la potencia, sabiduría, justicia, caridad, paz, dulzura, belleza, eternidad, bienaventuranza y gloria. El es el origen de todos los bienes, dador de todos los dones, distribuidor de las gracias, fuente de la luz,

escrutador de los corazones, formador de los cuerpos, creador de las almas, su vida y su salvación, su santificador y redentor, protector, custodio y amante, principio, fin y premio; al que no ve el ojo ni percibe el oído, ni llega ningún intelecto mortal.

Por estas y otras muchas cosas, que la necesidad del ingenio humano no capta en absoluto, se nos manda amarle como al prójimo, no como a nosotros mismos sino más que a nosotros o, por mejor decir, a nosotros por él, y amarle sin modo ni medida, sin interrupción, pura y simplemente, sin consideración del propio premio. Pues la mayor y más rica remuneración de todas nuestras fatigas es la sola caridad por la que amamos a nuestro Dios. Y nuestro amor a él es grato, porque lo que somos y todo lo que somos capaces de entender, de obrar laudablemente, de padecer y desear, de él lo tenemos.

Y a él estamos obligados a consagrar, aunque viviéramos mil años, un servicio continuo y solícito, por exigencias de una ordenada justicia, e incluso hasta el derramamiento de la sangre y el padecimiento de todo género de tormentos, y además sin pedirle nada. Esto es lo que nuestro Señor y Redentor, queriendo exhortarnos a la humildad, expresó diciendo: «Cuando hayáis hecho todo, decid que somos siervos inútiles, pues hicimos lo que teníamos que hacer» (Lc 17,10). Por tanto, si hacemos algo bueno, si por nuestras obras recibimos algunos beneficios, alguna remuneración temporal, espiritual o eterna, todo hay que atribuirlo a su bondad, liberalidad y caridad; a él, que espontáneamente y por puro amor quiso, por su gracia y los dones que gratuitamente nos concedió, hacerse deudor nuestro, para invitarnos a hacer el bien.

Clamemos, pues, todos y clame cada uno desde el fondo de su corazón en besos ardientes de caridad, y digamos con el profeta: «¿Qué daré al Señor por todo lo que me dio? Tomaré el cáliz de la salvación» (Sal 115,12-13), y

soportaré por el amor de quien tanto me amó, fatigas, tentaciones, enfermedades, burlas, azotes, cadenas, cárceles y todo daño que me sobrevenga. Sé que nada de esto, si se mantiene en mí la caridad de Dios, podrá separarme del amor de Cristo. Con su protección, guía y apoyo, «estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados ni las virtudes, ni lo presente ni lo futuro, ni la altitud ni la extensión ni la profundidad, ni criatura alguna podría separarme del amor» (Rm 8,38-39) de él. Pues según lo m! estra la palabra sagrada, «fuerte como la muerte es el amor, persistente como el infierno la envidia. Sus lámparas como lámparas de fuego y de llamas. Y entre todas no pudieron extinguir la caridad ni los ríos la cubrirán».

Con esta clase de encendidos afectos de caridad, el alma, que por el gran amor de su Creador se ha convertido en esposa de Cristo y anhelando la perfección avanza en la virtud, es capaz de presentar con mente segura lo que arriba se ha recordado, y de cantar con el profeta: «Te amaré, Señor, fortaleza mía. Señor, mi sostén, mi refugio y mi liberador. Dios mío, mi ayuda, esperaré en él. Mi protector, el cuerno de mi salvación y mi refugio» (Sal 17,2-3). Ocupada interiormente el alma en alabanzas, himnos y cánticos espirituales, pero ejercitándose exteriormente en las necesidades del prójimo, no deja nunca de aportar el combustible necesario al fuego de la caridad de Dios y del prójimo. Pues, mientras a Dios se le contempla en Dios, el esposo se le intuye en el prójimo. Herida por este dulce amor, se pone enferma de caridad.

Capítulo XIV

Cómo por la consideración de las criaturas y el espejo de las Escrituras se descubre la inteligencia del sumo Hacedor y el modo de obrar de Dios

Si por la obra de cualquier artífice se reconoce su pericia –pericia que aunque los ojos de los que miran se muestre en su realización externa, sin embargo en la mente del artífice brilla de modo más excelente–, fácilmente comprende lo que hay que sentir de Dios, nuestro sumo y perfecto artífice de todas las cosas, quien ve con los ojos de la carne la fábrica de las criaturas visibles y las formas y especies de las invisibles, que a la luz de la fe y en el espejo de las Sagradas Escrituras brillan por un momento a los ojos del alma racional, que en su raciocinio discierne espiritualmente los objetos. Lo que el artífice mortal hace exteriormente, lo hace de manera imperfecta, aunque se piense que está muy versado en su arte; y eso es así porque él mismo está lleno de imperfecciones, por el contrario, lo que Dios hace y nunca deja de perfeccionar, está adornado tanto visible como invisiblemente de toda perfección y bondad, como está escrito: «Y vio Dios todo lo que había hecho, y todo era muy bueno» (Gn 1,31).

No sólo en el principio del mundo, cuando creó de la nada todo lo que entonces hizo, sino que también, se reconoce como bueno lo que sigue haciendo, pues lo hace todo por su Verbo y su sabiduría, no necesitando de materia ni de forma alguna, porque su voluntad es suficiente materia para él y él mismo es la forma más bella para sí mismo. Todo lo hace con su voluntad, según lo indica el profeta diciendo: «Porque él lo dijo, y todo fue hecho. El

lo mandó, y todo fue creado» (Sal 32,9). Y en otro lugar se lee: «En tu voluntad, Señor, están puestas todas las cosas, y no hay nada que pueda resistir a tu voluntad. Tú lo hiciste todo: el cielo, la tierra y todo lo que está bajo el cielo. Tú eres el Señor de todo» (Est 13,8-4,17). El profeta declara cómo lo dijo y por quién lo hizo todo: «Con su Verbo cimentó los cielos, y con su Espíritu toda su fuerza» (Sal 32,6).

Fue, por tanto, por su Verbo, por su Hijo, a quien engendró igual a sí antes de los siglos, por quien hizo los siglos y lo creó todo. De este Hijo escribe el Apóstol y dice: «En muchos lugares y de muchos modos habló Dios en otro tiempo a los padres por los profetas. Ultimamente, en estos días, nos ha hablado por su Hijo, a quien constituyó como heredero de todo y por quien hizo los siglos. El cual, siendo esplendor de su gloria y figura de su sustancia, y sosteniendo todas las cosas con su Verbo poderoso, llevando a cabo la purificación de los pecados, se sienta en las alturas a la derecha de la majestad» (Hb 1,1-3).

Es, pues, claro que Dios lo hace todo por su Verbo, su sabiduría, su potencia, su voluntad y bondad; es decir, por sí mismo y no a partir de otra materia corporal y corruptible hecha por otro, sino de la hecha por él. No como si hubiera hecho o hiciera algo en una materia, pues esta misma la creó él de la nada, ya que, como lo muestra el apóstol Juan, «todo se hizo por él y sin él nada se hizo» (Jn 1,3). Y en el principio del Génesis se escribe: «En el principio (*es decir, en el Verbo*) hizo Dios el cielo y la tierra» (Gn 1,1). Indudablemente en ese principio que en el Evangelio dice: «Yo soy el principio, el que os hablo» (Jn 8,25).

Y al igual que para crear todas las cosas, él es para sí, como se ha dicho, materia suficiente, así es también forma irreprehensible, y preciosísima, no formada por otro ni

a partir de otro, ni en el tiempo ni por intervalos, sino sempiterna, inmutable, indefectible, perfectísima, vida bienaventurada que permanece en sí y vida de todos que vive en sí, como lo confiesa el apóstol citado arriba, cuando dice: «De lo que fue hecho, en él estaba la vida» (Jn 1,3-4), como el arca en el artífice y el pensamiento en la mente. Brillando y viviendo en él de manera mucho más excelente y más perfecta que la misma criatura en sí. La cual criatura es ciertamente imagen y forma visible de aquella forma intelectual invisible, inefable, sempiterna e invariable, en la que se conocen y brillan todas las cosas, ya sean ángeles, virtudes, dominaciones, principados y potestades.

Pues la misma naturaleza angélica y lo que brilla en el cielo y se mueve en el aire, lo que crece en la tierra y nada en las aguas, o pueden captar los sentidos, se concibe, como vestigio, obra y espejo de aquella forma celeste que es Dios. Pues el que no tiene comienzo y no ha recibido de nadie lo que es, creó en el tiempo todo lo que se hizo. Por tanto, él mismo es el principio, el crecimiento, el conservador y guía de todas y cada una de las cosas que existen.

Al ser Dios de tal naturaleza que los mortales no pueden verle en su propia sustancia, quedando esto reservado sólo a la patria celeste, para que mientras tanto tenga el entendimiento humano donde apoyarse y pueda tener alguna noticia de Dios por la fe, se ofrece a ese entendimiento la belleza y el espejo de las criaturas para que por su consideración pueda ser guiado a la inteligencia del Creador de ellas, según lo exprese la palabra sagrada: «Por la gran belleza de las criaturas, se conoce fácilmente al Creador de ellas» (Sb 13,5). Y el Apóstol dice: «Desde la creación del mundo se ve lo invisible de Dios, su fuerza sempiterna y su divinidad, mediante el conocimiento de las cosas que hizo» (Rm 1,20). Claman los hombres con

sus voces excitando al conocimiento de Dios y dicen: «El nos hizo a nosotros, y no nosotros» (Sal 94,6).

Pero cuando, por el pecado y la pena del pecado, se oscureció la visión del alma racional, cuando se endureció el oído, se debilitó el gusto y se embotó el sentido espiritual para captar la ciencia de las cosas invisibles, y hasta las mismas criaturas se envilecieron por el continuo y desordenado abuso de ellas por parte de los hombres; cuando esto ocurrió, Dios, por su inefable bondad y la extremada caridad con que amó al género humano, para sacar a los hombres de la torpeza de su mente y enseñarles lo invisible y celeste, envió en la plenitud de los tiempos a la tierra a su Verbo, por quien todo se hizo, para que se hiciera carne; es decir, para que como carne, o sea como hombre, fuera asumida por el Verbo. No para que el Verbo se cambiara en carne, sino para que fuera Dios y hombre, un solo Cristo y una sola persona, en la que habitara toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y en la que estuvieron escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, y donde la abundancia de todos los bienes y gracias creciera hasta donde fuera capaz una naturaleza creada, unida a una naturaleza simplicísima e increada.

A las criaturas se les dio el Espíritu según medida y se han recogido dones de gracia, y así en el cuerpo de Cristo que es la Iglesia, hay ministerios propios y distintos, según el beneplácito de Dios que los da, como lo declara el Apóstol: «A cada uno se le ha dado la gracia según la medida de la donación de Cristo. Por eso dice: Al subir Cristo, llevó cautiva a la cautividad, dio dones a los hombres. Pero ¿qué significa que subió sino que antes también descendió a las partes inferiores de la tierra? El que descendió es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llevar a cabo todo. El mismo dio a unos ser apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a